

#### **Ecós de venganza 4: Desde las entrañas**

Juan De Pablos había cenado en restaurantes que servían animales prácticamente en peligro de extinción, con espectáculos de todo tipo en directo, con chefs que aparecían en las revistas más prestigiosas, con salsas y postres de cuyos ignotos nombres los paletos intercambiables que poblaban el mundo se habrían burlado para enmascarar su envidia hacia la gente con dinero para probarlos. Y, sin embargo, pocas cosas sabían tan bien como esa hamburguesa que se metía en la boca.

Miró a la plebe que comía en ese lugar: de vez en cuando le gustaba mezclarse con ellos, aunque sus guardaespaldas estuvieran al loro desde otra mesa por lo que pudiera pasarle. Se fijó en esa madre que comía con sus dos hijos, en la repartidora que esperaba impaciente en la puerta, en ese obrero gordo que devoraba un burrito durante su descanso. Sabía que, si quisiera, podría poner el dinero suficiente para follárselos a todos. A la mujer, a la repartidora, al obrero y a los niños. Eso si aún se le levantara, claro, pero ese era otro tema.

Se tomó su tiempo para masticar esa carne de ternera acompañada de su lechuga, de su queso fundido y los fragmentos de cebolla caramelizada, del bacon que a veces se le colaba entre los dientes para darle sabor a su boca setentona. Ese delicioso bacon proveniente de sus granjas repartidas por toda España y parte de Europa.

Estaba bueno, sin duda. Un alimento completamente insalubre, que no debía tomar demasiadas veces al mes y que había contribuido a la muerte temprana de muchos, pero cuyo sabor adictivo encendía las papilas gustativas con su sal.

Eructó, ufano, al incorporarse.

Al volver al coche, a ese deportivo carísimo que había dejado aparcado a la entrada como si fuera una bicicleta, se sintió como Napoleón debió de sentirse al coronarse a sí mismo. Le pidió al chófer que volviera a casa, donde tendría que realizar unas gestiones. Al final, el ordenador que le habían instalado sus hijos le había dado la vida: así, podía hablar con los distribuidores y con los gestores sin tener que desplazarse, y mirar los resultados en su impecable documento de Excel.

-Qué ganas tengo de ir al campo de golf mañana...-suspiró. Los Mendoza eran insoportables, pero solían tener información privilegiada sobre las inversiones en Inditex. Los Gutiérrez eran algo horteras y vulgares, pero en su ático se daban las mejores fiestas. Y los Martínez... bueno, ellos sí le caían bien. Y a veces, aunque creyeran que no se daba cuenta, le dejaban ganar.

Llegó a casa agotado de no hacer nada, y con una sensación de pesar en el estómago. Se echó una siesta de la que despertó con sudores fríos, asustadizo sin saber por qué.

La tarde fue aún más aburrida que esa tediosa mañana. Se puso algo en la tele para evadirse, pero no fue suficiente. Luego habló con los encargados de sus macrogranjas. Nada nuevo, solo un periodista que había estado haciendo preguntas incómodas y al que había despachado sin la menor contemplación. Casi deseaba que ese metomentodo indagara más, solo para tener algo de salsa en esa carne fofa e insípida en la que se había transformado su vida. Aunque la salsa fuera veneno.

Después de revisar las cuentas de Porkmeseta S.A. sin moverse del asiento (<<bendito ordenador>>), pasó varias horas mirando los cuartos y las estatuas del salón. Limpiando las estanterías, aunque ya lo hiciera el servicio por las mañanas. Echando un vistazo a su listado de escorts predilectas e intentando que su miembro se irguiera, deseando haber desarrollado otras aficiones más allá de la satisfacción de sus genitales y sus tripas, ahora tan peligrosas y con tan pocos beneficios que reportar.

Le costó dormir. Siempre le costaba.

...

Descansaba en el fango. No, no descansaba. A eso no se le podía llamar descansar. Todo su cuerpo experimentaba una sensación de humedad fétida, sus excrementos se derramaban de su ano sin que él pudiera moverse para limpiarlo. Abría la boca, intentando liberarse de esa prisión, pero su brazo apenas podía moverse.

Ese espacio opresivo y diminuto le impedía pensar, le robaba cualquier posibilidad de pensamiento complejo, pero también le arrebatava la abstracción irreflexiva que le habría llevado al sueño. Sus lорzas hacían presión contra el suelo, su respiración era dificultosa y estaba rodeado por un hedor que hacía que hilos de vómito cayeran de su boca. Le dolía todo el cuerpo, los huesos de sus piernas estaban quebrados tras tanto tiempo soportando su peso sin poder levantarse.

Pero lo peor no era eso. Lo peor no era el dolor, tampoco esa peste a la que uno se acababa acostumbrando, ni mucho menos una situación humillante en la que había dejado de pensar hacía mucho tiempo.

Lo peor era el ruido. Los gruñidos, los aullidos, las súplicas ininteligibles de todos los que había a su alrededor. El griterío que nunca se apagaba, ni de día ni de noche, que nunca dejaba de castigar sus oídos con la música grotesca del sufrimiento ajeno.

La mayor parte del tiempo, soportaba ese caos con todo el estoicismo que su situación le permitía, que no era mucho. Pese a ello, solía permanecer callado. Otras, se echaba a llorar, pero no era un llanto humano sino bestial, un llanto sencillo de rabia e impotencia. Y, a veces, junto al resto de prisioneros, alzaba la voz al infinito para implorar un perdón que jamás llegaría. Cuando gritaba, por un momento, se sentía amparado como parte de un todo.

Pero luego recordaba que seguía nadando en mierda.

...

Juan despertó sudoroso, con un corazón que parecía derramarse por los huesos de su caja torácica. Se llevó la mano al pecho, temiendo otro susto de su sistema cardiovascular, con el mando listo para dar el aviso a la clínica y al conductor que tendría que llevarle allí. Pero no... no eran unos latidos enfermizos, al menos no de una enfermedad del cuerpo. Era... no estaba seguro. Por unos momentos, se dedicó a elaborar una estrategia para salir de esa jaula, para escapar de la inmundicia que le rodeaba. Había despertado con una sensación de agobio, con la urgencia de quien debe hacer algo inmediatamente.

Paulatinamente, abandonó su letargo para darse cuenta de que estaba en su habitación, en ese cuarto que podía dar cabida a cinco más como él y decorado con un cuadro carísimo que ni su propio autor comprendía.

Se incorporó con cuidado, avanzando hasta una silla en la que tuvo que sentarse de nuevo. Le faltaba el aliento, pero no tenía sentido que siguiera en la cama: aunque fueran las seis de la madrugada, no podría dormir, y tendría que aprovechar la mañana para vigilar sus inversiones.

<<Maldito ordenador>>.

Lo encendió, con esa luz blanca iluminando una piel crecientemente amarillenta, con el brillo dañando unos ojos que ya no estaban para tantos troles. Abrió la aplicación que le había dado su broker, tomando nota de las fluctuaciones de un mercado siempre en movimiento, siempre impredecible, siempre caprichoso y activo como una esposa treinta años menor. Tendría que vender sus acciones en esa red social cuyo nuevo dueño estaba haciendo tantas locuras y luego, quizás, trasladar sus inversiones a esa criptomoneda de aspecto tan apetitoso. O, quizás, comprar finalmente esos sellos decimonónicos para luego revender...

Hubo algo que acabó con todos sus planes. Algo que no daría rentabilidad en unas semanas o en unos años, sino que necesitaba allí y en ese momento. El estómago le gruñó con un rumor grave y grotesco, con un ruido que nada tenía que ver con el hambre, sino con todo lo contrario. Corrió al baño con la velocidad que le permitían sus piernas, sudoroso, aferrándose a la tripa con la mano. Acostumbraba a cerrar la puerta aunque viviera solo, pero no lo hizo en esa ocasión.

Aterrizó en el váter y se bajó los pantalones justo a tiempo para que ese torrente de inmundicia saliera de su ano, haciendo que le salpicara el agua. Se agarró al bidet, haciendo tanta fuerza que le dolió el abdomen. En ese momento no pensó en los motivos que le habían llevado a esa bochornosa situación, no maldecía a la hamburguesa ni a sus hábitos poco saludables, ni siquiera se acordaba de la edad que tenía. En ese preciso instante, solo pensaba en el dolor que perforaba sus entrañas, en la podredumbre que sacaba de dentro.

Sudaba. Sudaba y mucho, haciendo más esfuerzo físico del que había hecho en todo un año. Por un momento creyó que se derretiría desde el culo pero, después de unos veinte minutos de agonía, esa tortura se detuvo. Se limpió, notando que en el papel aparecían también charcos de sangre mezclada con su mierda. En el pasado había creído, después de haber puesto el pie en cada rincón del mapamundi y experimentando cada sensación digna de ser experimentada, que afrontaría su propia mortalidad con la cabeza fría y un ademán pétreo. Pero, en su lugar, marcó el teléfono de la clínica y rompió a llorar.

...

-Bien, ya tengo los resultados de los análisis...

La impasible profesionalidad de los médicos le ponía de los nervios. No quería a un chupatintas diplomático con cara de póker, joder. Quería a alguien que desde el principio apareciera con una sonrisa deslumbrante como las que aparecían en los anuncios de sus restaurantes. Quería a alguien, también, que llorara y se enfureciera con él, que alzara el puño en alto para exigirle a Dios que le cobrara un millonario talón al portador a cambio de una larga y apacible vida.

Pero su médico de confianza, con su media calva y sus aires soporíferos de funcionario que había adquirido tras años en la Administración pública, era todo lo contrario. Por eso quiso echarlo de allí a gritos.

-Venga, dígamelo de una vez-le interrumpió De Pablos-. ¿Qué dicen?

La sonrisa que apareció en la cara de su doctor fue tenue, horriblemente profesional y aséptica, pero tranquilizadora.

-No es nada que deba preocuparnos. Debe de haber sido un problema de almorranas, pero no hemos detectado nada más. Le voy a recetar una pomada, pero en principio no habría de qué preocuparse.

Soltó un suspiro de alivio, como el de un globo desinflándose.

-Bien. ¡Bien! Así me gusta, doctor, que me dé buenas noticias-le felicitó, poniéndole la mano en el hombro-. Qué ganas de comerme un buen chuletón para celebrarlo.

El médico le castigó con sus dos pupilas recriminatorias. Rodeado de la blancura infame de la clínica, casi parecía un San Pedro leyendo su lista de pecados.

-Tenga cuidado con el colesterol, amigo. ¿Ha seguido la dieta que le dimos?

Juan se encogió de hombros, con la misma expresión traviesa y aviesa con la que había hablado al inspector de Hacienda cuyas narices se habían metido demasiado en sus negocios:

-Bueno, Aurelio, de algo hay que morir.

Lo decía con la soltura de un veinteañero, algo que era consciente de que resultaba patético y ridículo en un hombre tan viejo como él. Pero necesitaba sentirse, aunque fuera por unos instantes, inmune a las horribles circunstancias de toda vida humana.

Llegó a casa y se dejó caer en la cama, no sin antes concretar la nueva cita en el club de golf. Estaban deseando ir allí otra vez, después de haber tenido que posponer la última partida. Estaba deseando tantas cosas, y tenía tan poco tiempo...

Cerró los ojos pensando en cómo, desde hacía al menos tres décadas, llevaba haciendo las cosas por inercia. Moviéndose y moviéndose, siguiendo un camino prefijado por errores y aciertos, con los pasos sumisos de alguien que no sabe a dónde va.

...

Caminaba. Caminaba, como todos a su alrededor. Caminaba sin dirigir la cabeza a los lados, como si eso pudiera volverle loco, mirando únicamente al frente. Por detrás, otros como él andaban sin decir nada. Por delante, todos reproducían ese mismo paso monótono y desgarrado, pero algunos gritaban. ¿Por qué?

No lo sabía. Caminaba, guiado por la más profunda desidia, convertido en un muerto viviente. Salpicado de mierda y de sangre, con los nervios en tensión y una creciente inquietud, iba acercándose cada vez más a su destino.

...

Ni siquiera despertó ya entre sudores: estaba demasiado acostumbrado a las pesadillas, a que su estómago reclamara su atención con la inmadurez dictatorial de un niño pequeño. Se arrastró hacia el baño, dejando tras de sí un reguero de saliva.

Pasó en el baño aún más tiempo que la vez anterior, dejando que sus tripas se vaciaran. Eso no era normal, por muchos años que tuviera. Se mordió las uñas y los labios con una avidez enfermiza... antes de limpiarse, claro.

Desayunó esos cereales de avena de sabor acartonado que le había recomendado su dietista. Se dejó la mitad en el bol, no con el objetivo ulterior de adelgazar, sino por una desgana que no pudo ocultarse ni a sí mismo. Sus bostezos, prolongados y plomizos, auguraban una partida poco productiva. Pero, si quería estrechar y conservar lazos con la gente del club, tendría que ir.

<<En este mundo, de poco sirve el dinero sin contactos>>-pensó, alicaído. Algún día decidiría que ya era el momento de vender todo, de darle carpetazo a su vida pública y descansar. Algún día.

Mientras su conductor iba recorriendo las calles de la urbanización, se preguntó cuándo se había torcido todo. Quizás el punto de inflexión se encontraba cuando la palmó su padre: antes, gracias a las goteras de su futura herencia, había disfrutado de esa vida con la que los imbéciles que le ponían las copas o le limpiaban la casa solo podían soñar. Viajes, hoteles, piscinas, emociones tan fuertes que hacían que el resto de la existencia pareciera insulsa a su lado. Y luego, una vez muerto el viejo, responsabilidades. Placeres también, sí... pero, por algún motivo, le complacían menos que antes.

Su vientre se quejó de nuevo, dándole un aviso que decidió ignorar. Y es que un hombre debía cumplir con su deber, por desagradable que fuera, y su deber era jugar al golf.

El mayor de los Mendoza (¿cómo se llamaba?) hizo un comentario sobre la indisposición que le había impedido acudir puntualmente la vez anterior. Le dijo que la edad no perdonaba y, aunque nadie más que él y su médico sabían lo que había sucedido, eso le sentó como un tiro. Decidió, por una vez, renunciar a sus informaciones privilegiadas sobre los vaivenes del sector textil en favor de su integridad mental. Se fue a jugar con los Martínez, cuya agradable compañía le pareció menos tranquilizadora que otras veces.

La partida fue tan patética como rápida, y se saldó una contundente derrota que le hizo suspirar.

-Anda, hombre, no te desanimes-le comentó Esteban Martínez, entre risas-. Venga, que seguro que en el bar me ganas tú a mí.

Juan De Pablos aceptó la invitación, reticente por culpa de sus problemas de salud, pero se olvidó de sus remilgos con su primera cerveza y con las alegres aventuras que Álvaro Gutiérrez contaba sobre su última montería. Se sentía de nuevo Napoleón. ¡No! Mejor aún. Alguien refugiado en la seguridad de un clan que le protegía, alguien por encima del bien y del mal. Intocable, incluso por los virus y bacterias que devoraban a los hombres desde dentro.

Pero todos los momentos, tanto buenos como malos, llegan a su fin.

Notó aquella molestia punzante en el estómago, tan intensa como una puñalada que le obligaba a abrir los ojos y sacar la lengua. Se llevó las manos al ombligo y, ante el caótico nubarrón de voces preocupadas (e intercambiables, y lejanas), se limitó a abrirse paso con un objetivo imborrable, caminando hasta él con la faz sudorosa y los andares pesados de un héroe de cantar enfrentándose a viento y marea para alcanzar su meta. En su caso, tal meta era el cuarto de baño de ese bar, que parecía burlarse de él desde esa insalvable distancia de diez metros.

El cuarto de baño al que no pudo esperar.

Cuando se dio cuenta, durante las primeras milésimas de segundo, sintió relajación. Ya estaba, ya había fracasado. La mierda corría por sus calzoncillos, su reputación estaba destrozada, había confirmado tácitamente su vejez y su inutilidad.

Las primeras miradas fueron de preocupación, algunas de asco. No fueron esas las que dolieron. Las que dolieron de verdad fueron esas que los socios trataban de disimular tapándose la nariz, mirando hacia otro lado o fingiendo que estornudaban. Los que contenían la risa o se ocultaban para que no se notara.

Fue entonces cuando, después de la resignación, volvieron la desesperación y la vergüenza. Se contempló las manos temblorosas, que sostenían sus pantalones como si eso pudiera reparar la peste que desprendía su cuerpo.

Los siguientes minutos fueron confusos. Se apoyó en la pared. Algunos le acompañaron al baño, unos le ofrecieron su ropa, otros llamaron a una ambulancia. A toro pasado, recordó voces de preocupación genuinas que casi dolían más que las burlas. Recordó verse a sí mismo (ese rostro porcino, gordo) en el espejo del baño, pálido y lamentable. El hombre que había aplastado a todos sus rivales se encontraba derrotado por un mal que su médico no podía ni diagnosticar bien.

Fue una experiencia agotadora pero, una vez estuvo en su cama y pudo cerrar los ojos e intentar consolarse con el consabido "mañana será otro día", el sueño se negó a visitarlo. Las pesadillas, sin embargo, seguían allí, aún despierto.

...

Vigilia, sueño, sangre, barro, mierda, sudor. Todo se entremezclaba en un delirio febril. En ese momento, Juan de Pablos no sabía quién era. Con la mano en la herida que se había hecho al caer de la cama, gateaba intentando volver a ser un hombre. Pero había algo en sus higadillos que se lo impedía, algo que parecía arder como la carne chamuscada de una barbacoa.

Alzaba la mirada, no buscando a un salvador que parecía cada vez más inexistente, sino una respuesta que tal vez pudiera esclarecer su inhumana situación. ¿Por qué a él? ¿Por qué se vaciaba de nuevo por todos sus conductos, por qué el vómito corría por sus dientes ahogando sus últimas palabras? Alzaba la mirada, concentrando las fuerzas decadentes de

sus párpados y de sus pupilas, intentando reconocer esa figura horrenda que tomaba forma en la oscuridad.

Dos ojos pequeños, iluminados con la furia roja de decenas de caídos en muerte sin combate, le miraban con desprecio. Dos ojos en los que el cosmos parecía dibujar una forma de inspiración sólida pero delimitación etérea, que estaba más allá de lo material. La forma de un puerco de semblante iracundo, con gruñidos pestilentes rezumando de su boca, cuyas patas hacían que el mundo temblara.

El viejo cayó al suelo boca arriba, golpeándose la cabeza, con la intención de perder de vista a ese engendro de ultratumba. Pero el ruido de su aliento se seguía escuchando. Se tapó los oídos haciendo un esfuerzo sobrehumano con sus brazos. Disfrutó brevemente del silencio.

Y, entonces, llegó el chillido. Miles de chillidos de agonía al mismo tiempo, miles de reproches, miles de muertes y torturas, miles de gargantas cuya boca acabaría cerrada para siempre de forma prematura y dolorosa.

<<Por favor, vete. Por favor, vete. Por favor, sé una pesadilla. Prometo... prometo lo que sea, pero vete>>.

Antes de que se diera cuenta, ese ser estaba por encima de él. Desprendía un hilo de saliva sucia sobre su rostro, sin dejar nunca de proferir esos alaridos que parecían capaces de quebrar el cristal. Sin embargo, cuando estos dejaron de oírse, no sintió tranquilidad. Y es que ese hocico, fantasmal y rancio, se hundía en su tripa. Y, desde fuera y desde dentro, lo devoraba sin que él tuviera la última clemencia de los sacrificados. Su voz, queda y moribunda, ni siquiera pudo chillar para despedirse del único mundo que conocía.

Lo encontraron tirado en el suelo, con toda la comida que había consumido durante las últimas veinticuatro horas ensuciando su lecho de muerte.

Una semana después, un periódico de tirada nacional publicaba una noticia:

## **Una importante empresa cárnica incumple sistemáticamente las leyes sanitarias**

Las condiciones deplorables de sus granjas podrían suponer un delito contra la salud pública

...

La Bóveda, si alguno de los que tenemos ojos llegara a verla alguna vez, provocaría en nosotros una impresión semejante a la del escritor que dio nombre al famoso síndrome. Nosotros la veríamos de blanco, de un blanco tan puro que ni siquiera existe en la naturaleza y que adorna sus altísimas columnas, su superficie pálida y completamente homogénea, esos ascensores que forman un panal de interconexiones tan abstrusas que los matemáticos y arquitectos de todo el mundo se habrían puesto en desacuerdo para describirlas. Los túneles y pasadizos por los que entraban y salían hombres y mujeres de aspecto terrenal pero serenidad sobrehumana.

Un hombre caminaba por los pasillos (y por las paredes y techos) de la Bóveda. O, al menos, si lo hubiéramos visto, habríamos tenido que percibirlo como un hombre para mantener la cordura. Como un hombre vestido con un traje granate, cuyos pasos iban dejando huellas rojas en la nivea explanada. Esas huellas iban desvaneciéndose, pero dejaban tras de sí un fuerte olor a quemado.

Ese hombre, finalmente, se detuvo frente a un fragmento de pared, uno que ni siquiera estaba al nivel del suelo. Esa superficie lisa se abrió con prontitud ante su presencia, como

unas fauces viscosas por las que el individuo se introdujo sin el menor atisbo de congoja. Después, el raro material se solidificó de nuevo sin dejar rastro, como si la puerta no se hubiera abierto nunca.

El hombre se sentó dentro de su atípico despacho, adornado con macabros motivos que desafiaban la tridimensionalidad que atribuimos a nuestro entorno, con miles de cabelleras cercenadas y centenares de cabezas reducidas que se amontonaban dentro de un jarrón de cristal con forma de calavera. Ese cráneo era una de tantas reliquias de las paredes, algunas pertenecientes a mundos olvidados largo tiempo atrás, otras originarias de culturas convertidas en salitre por la ira vengativa del hombre que ahora golpeaba las teclas orgánicas de un bulboso ordenador blanco.

Ese eficiente ser de forma humana tecleó en la insólita computadora el informe que fue apareciendo en la pantalla. Esta, de brillantes e indescriptibles colores, tallaba en el espacio y en el tiempo una melodía escultórica para oídos divinos que podría traducirse como:

**"Informe nº 1.349.964.526.281.394.682.112.345**

**Sujeto:** Juan De Pablos.

**Especie:** Humano

**Edad relativa estandarizada:** 94%

**Infracciones:** Crueldad indiferente a gran escala hacia sus semejantes (nivel 1) y otros seres vivos (nivel 3).

**Atenuantes:** Ausencia de ensañamiento.

**Sanción impartida:** Muerte irónica previo sufrimiento de nivel 5. Alucinaciones.

**Hechos:** Juan de Pablos ha cometido numerosas fechorías contra sus semejantes y contra el medio ambiente. La concatenación de negligencias de carácter sanitario en sus granjas, recogida en el anexo 1 que entregué para la petición de inicio, ha resultado en la muerte de 93 personas (21 de las cuales tenían todavía más de un 5% de existencia natural por delante) y el sufrimiento innecesario de inteligencias inferiores al nivel 8.

Cabe destacar que el sujeto sancionado contaba con gran cantidad de antecedentes de carácter más leve entre los que se cuentan la acumulación obscena de riqueza y el pago de sueldos míseros.

**Fundamentos de derecho:** Los crímenes cometidos por el sujeto, acaso justificables en un ser vivo de inteligencia inferior a 10, resultan intolerables en un habitante del tercer planeta del Sistema Solar en la plenitud de sus facultades intelectuales, especialmente teniendo en cuenta la reciente invención de la escritura y los desarrollos que esta ha traído para su especie.

Es cierto que las modernas tendencias condenan los castigos irónicos con uso de fuerza letal, pero estos siguen recogidos en la ley 39.415 (artículo 25), y durante milenios se han aplicado de manera pródiga con resultados aceptables. Pocos agentes, aún hoy, habrían abogado por la reinserción de un asesino serial con casi cien víctimas en su haber, por lo que deberíamos aplicar el mismo criterio a alguien que se ha aprovechado económicamente de las defunciones ajenas que él mismo ha provocado.

Se ha recogido el atenuante de falta de ensañamiento, dado que el objetivo del sujeto no era provocar el mal a los demás y ha hecho solo lo necesario para cumplir con sus metas, por lo que su tormento ha durado menos de dos semanas. Sin embargo, debo incidir de nuevo en lo absurdo de esta consideración, que puede resultar excesivamente amable para los infractores de carácter económico.

¿Por qué sentimos tal repulsa ante los que matan porque sienten placer por ello y tanta comprensión ante los que lo hacen por satisfacer sus caprichos, matando indirectamente por placer? En ambos casos, se antepone el interés personal ante el interés común y, en

esta ocasión, el placer y el ego en lugar de las necesidades materiales que podrían llevarnos a compadecer a ladrones de poca monta. Las diferencias entre Juan de Pablos y un asesino en serie son irrelevantes.

Por tanto, no considero aplicable la reinserción en este caso: además, el sujeto es de edad avanzada, y es poco probable que un ser humano cambie de parecer en los últimos años de su vida. Haciendo una observación personal, considero injusto ofrecer la opción de reinserción en la rectitud moral (y todas las ventajas de salud mental que eso conlleva) a alguien que no la merece. Supone un agravio comparativo mayúsculo hacia quienes han mantenido una vida moralmente aceptable sin necesidad de nuestra intervención.

En cualquier caso, considero que las medidas que he tomado son las apropiadas: se ha hecho un uso responsable de la manipulación de probabilidades y de las facultades psíquicas y nigrománticas de la Bóveda para someterle a su propia carne en mal estado y a una serie de alucinaciones y pesadillas que reflejaban sus crímenes, además de ponerle en contacto con los espíritus de sus puercos. Aun así, debo añadir que ni siquiera en sus últimos momentos pudo deducir la conexión entre causa y efecto, por lo que no cabe hablar de arrepentimiento ni de catarsis. No era redimible.

Por tanto, habiendo explicado sus decisiones, el agente 17.457XDF de la sección 234 presenta este informe con la esperanza de que sea de su agrado".

El hombre se incorporó con una sonrisa torva en los labios, ajustándose ese cabello blanco que caía a ambos lados de su rostro. Atravesó la puerta, que se abrió de nuevo, dando pasos profundos y rápidos, eficientes. Sin embargo, caminaba con un ritmo alegre que, pese a lo extraño del contexto, un humano normal y corriente podría reconocer. Los seres superiores, al fin y al cabo, también tienen vacaciones.

Uno habría podido apreciar cierta satisfacción superficial en los contornos de sus finos labios y en esos ojos de un azul tan penetrante que parecían capaces de ahogar a quienes los miraran. Ese hombre joven y apuesto, de una distinguida delgadez, parecía el más ufano de todos los individuos que circulaban por la Bóveda con la satisfacción de un trabajo bien realizado.

Al menos, hasta que su mirada se cruzó con un vestido verde, con una persona que hizo que su rostro cambiara y que esa sonrisa torva pasara a convertirse en una expresión que El Bosco habría considerado obsceno plasmar en un cuadro.

Los seres superiores, por descontado, también tienen rencillas entre compañeros de trabajo.